



RESUMEN SEMANAL DE NOTICIAS - 14/21 MAR 25



COMENTARIOS GENERALES:

Las Idus de Marzo son un clásico de la historia política universal. Dan cuenta de la muerte del gran Julio Cesar en el pináculo de su poder y cuando, aparentemente, se aprestaba a abandonar la legitimidad limitada de una República para abrazar una más amplia bajo la forma imperial.

Paradójicamente, tras su muerte y la guerra civil que la siguió, su sucesor hizo, precisamente eso, inaugurar el Imperio Romano.

Salvando las distancias y las eras, nos preguntamos si Donal Trump será el último presidente de la República estadounidense y el primero de sus emperadores.

Como Cesar tiene la ambición necesaria, pero a diferencia de éste, salió vivo de su intento de asesinato. Aunque no sabemos si dispone de las virtudes necesarias y que le sobran al ilustre romano.

Pero, creemos que el meridiano no pasa por las personalidades sino por la necesidad que experimentan las repúblicas poderosas de superar las limitaciones temporales y formales de su sistema de legitimidad.

Llegado a este punto, no es raro que quien se encuentra ejerciendo el poder busque prolongar o eternizar su mandato por diversas artimañas legales. Tal como parece ser el caso de Xi Jinping a cargo de la jefatura del Partido Comunista Chino y de Vladimir Putin como presidente de la Federación Rusa.

Obviamente, estas cuestiones se complican en una República con tradición republicana como es el caso de los EEUU.

Por lo que Mr. Trump enfrenta dificultades análogas a las de Julio César. Y las Idus de Marzo todavía no han terminado.



NOTICIAS NACIONALES:

Frontera del primer muerto

Jorge Asís

Jorge Asís Digital

<https://jorgeasisdigital.com>



Los escándalos se administran con la gestación de escándalos cada vez más elevados. Comparativamente superiores.

Pero la sucesión de escándalos agota, al volverse rutina, parte del paisaje cultural.

La realidad se sumerge en la ceguera del descontrol. Entre la cotidianeidad institucional de las rivalidades del Parlamento, o entre las perversidades de la Corte Suprema. En la complejidad financiera o específicamente en la calle, por la magnitud

impiadosa de la represión.

Las variables, como los rencores, se dispararon. El país se encuentra en la frontera del primer muerto.

El libertarismo huele de nuevo a transitoriedad, a predominio perentorio, al tramo efímero que convoca a la incertidumbre e invoca el aroma prematuro de las calas.

Cierto aventurero de Lanús

Los infatigables esfuerzos del consultor Barry Bennet produjeron el estratégico acercamiento ideológico del libertario Javier Milei, el Panelista de Intratables, con el duro proteccionista Donald Trump, The Fire Dog.

Consta que Milei llega al corazón de Bennet a través del sagaz empresario argentino Leonardo Scatturice, que se encuentra vinculado espiritualmente a Bennet como a Matt Schlapp, el presidente de FCAP, internacional de extremísima derecha que sostiene los imaginativos proyectos de Trump que seducen, en efecto, a Milei.

Scatturice es un aventurero de Lanús que capitalizado por iniciativas múltiples se consagró rápidamente como empresario.



Construyó una apreciable fortuna, pero después de atravesar peripecias literarias, como espía y consultor.

Merced al triunfo de los entrañables amigos conservadores probablemente pronto pueda ser ciudadano estadounidense.

Quienes lo toman menos en serio confirman que el “busca” formado en los suburbios de la Provincia del Pecado supo formalizar un matrimonio redituable para facilitar los trámites de radicación.

Tampoco vacilan otros admiradores en plantar el malicioso chascarrillo de la historieta alternativamente apasionada del exitoso aventurero con la señora María Belén Arrieta.

Es la azafata de la Royal que tuvo suerte en la vida y reapareció en Aeroparque como exclusiva pasajera del Bombardier negro, en vuelo privado. Uno de los tantos Bombardier que dispone Scatturice para enlazar las empresas norteamericanas con extensiones en París.

La turrada

Teóricos del desconocimiento suponen que cualquier distraído puede salir de un aeropuerto de Estados Unidos con 200 millones de dólares entre el equipaje.

“O con 200 palos en fentanilo, la falopa de moda”.

Teóricos que, en efecto, le estropearon el horizonte a Arrieta.

“Una turrada, la hicieron mierda, pobre mina...”.

La azafata con suerte se encarga de manejar los asuntos corporativos de las innumerables empresas de Scatturice. Un propietario feliz que tiene para pasear varios aviones como el Bombardier negro que estuvo siete días en tránsito, aparcado en el hangar de la Royal Class, aerolínea privada que supo ser de Franco, el Macri que valía.

Consta también que Scatturice jamás alardea de la amistad con Matt, ni tampoco de la proximidad espiritual con Bennet, consultor influyente y estrategia principal del amigo Trump.

Bennet es el poderoso traficante del evangelio que predica, y es el “Influencer” que tiene el Panelista para arrimarse a Trump, a los efectos de seducir con los atributos del país, y para enternecer por ósmosis a los burócratas implacables del Fondo Monetario Internacional.

Sin embargo a la atractiva joven Arrieta la trataron aquí como si fuera la versión femenina de Guido Antonini Wilson, aquel viajero celestial que apareció por Aeroparque con la valija colmada de dólares para la campaña relativamente electoral del kirchnerismo.

La quinta dimensión de Comodoro Py

Insuficientes las fotografías con Trump y su corbata carmesí que representan el atributo más importante de Milei.

Enriquecimiento político que, por la dinámica del temperamento, lo acota. Le marca al Panelista un límite.

Inclusive con los generosos elogios Trump lo distrae, lo confunde.

Hasta hacerlo sentir casi incómodo, desubicado en la plenitud de la cadena de equivocaciones y chamonadas que lo desprestigian.

El eslabón de infortunados papelones arrancó con la pifiada fría de Davos.

Cuando directamente el Panelista no tuvo siquiera en cuenta que es presidente del país más endeudado con el Fondo.

Que carece de sistema financiero para legitimar su incuestionable capacidad para brindar al universo lecciones gratuitas sobre la batalla cultural.

El Panelista produjo en la “Montaña mágica” de Davos una de las disertaciones menos satisfactorias del mandato.

No le correspondía plantear, en el sitio tan pifiado, las categóricas impresiones influenciadas por la filosofía ante diluviana que lo condujo a la ociosa confrontación con las feministas y los homosexuales.

Causas identitarias que le produjeron una jornada de protesta grave como la marcha de los universitarios que defendieron la educación pública.

Después de la literatura desopilante de Davos transcurrieron los desastrosos papelones seriales.

Ninguno fue tan aceptablemente grave como la cripto superchería desatada a partir del posteo fatídico que derivó en el máximo escándalo.

Motivó el cuestionamiento hacia el Triángulo fundido de Hierro (clicar) que anuncia a los vértices el destino más terrible.

La quinta dimensión de Comodoro Py.

Perfidia de la crueldad

Pese al optimismo explícito de las encuestas, al Fenómeno Milei se le aproxima, en efecto, la noche.

Por lo menos asoma la invariable oscuridad.

La señora Patricia, la Montonera del Bien, exhibe con arrojo la perfidia desfachatada de la crueldad.

El Panelista está tan acongojado por los escándalos que no tiene otra alternativa que apuntalarla.

La insensibilidad social con los jubilados se transformó en la previsible tragedia que creyeron tener sigilosamente calculada.

Por pensar, acaso, que el miserable 44 por ciento que no los votó iba pacientemente a aguardar la oportunidad electoral.



O probablemente creyeron que de verdad iban a hacer el ajuste más grande en la historia de la humanidad solo contra el hallazgo semántico de la casta. Pero rebanaron comprensiblemente a los ancianos que, para mantener la simulación de sobrevivencia, son subvencionados por los hijos. O los nietos.

Lamentablemente ya no basta, para persistir, con las fotografías de la corbata carmesí de Trump, junto a Milei.

Resulta también insuficiente la postal de la señora Kristalina que se cuelga del cuello del Panelista. Con la certeza de sospechar que para continuar en Washington debe mantener la relación cordial con el Fenómeno del sur, aunque se encuentre provisoriamente agrietado, acosado tristemente en el laberinto opaco de la ingratitud.



NOTICIAS INTERNACIONALES:

[Alain de Benoist analiza a Trump y el nuevo orden mundial](#)

Alain de Benoist



<https://elmanifiesto.com/alain-de-benoist-analiza-a-trump-y-el-nuevo-orden-mundial/>



«Los europeos son hoy los hombres enfermos del planeta. No tienen la menor idea de lo que podría ser el destino de Europa, porque la palabra “destino” no tiene sentido para ellos», dice Alain de Benoist hablando en esta gran entrevista de la revolución que está conociendo el mundo y de la que ayer nos hablaba aquí Aleksandr Dugin.

¿Cómo interpreta la evolución de las relaciones internacionales tras las recientes declaraciones de Trump y Vance sobre Ucrania y sus implicaciones para las relaciones entre la Unión Europea y Estados Unidos?

En mi vida sólo he vivido un gran acontecimiento histórico: la caída del Muro de Berlín y la implosión del sistema soviético. Creo que ahora estoy asistiendo a un segundo. Los «observadores», como de costumbre, no lo han visto venir. La historia se está acelerando bruscamente. Hasta el punto de que la actualidad diaria parece una distopía.

La elección de Trump ya había representado una ruptura histórica importante. La reanudación, el 12 de febrero, de los contactos entre la Casa Blanca y el Kremlin supuso otra. Dos días después, en Múnich, el vicepresidente J. D. Vance declaró una auténtica guerra ideológica a un Europa abrumada

por la inmigración y presa de la amnesia colectiva; lo hizo sin ocultar que Europa constituye a su juicio un contraejemplo de decadencia y suicidio civilizatorio. Luego se anunció que Ucrania nunca volverá a la OTAN y que no recuperará los territorios que perdió en Donbass o en Crimea. El 3 de marzo, Donald Trump decidió detener toda ayuda a Ucrania. Finalmente, estamos presenciando en directo la desintegración de la Alianza Atlántica. Sí, aunque todavía no hay suficiente perspectiva, es un momento histórico.

¿Qué nos dice el alucinante altercado del 28 de febrero en el Despacho Oval de la Casa Blanca entre Donald Trump y Volodymyr Zelensky?

Limitarse a los gritos es como limitarse a mirar el dedo que te muestra la luna. Lo que importa es lo que se dijo. Ante un Zelensky que proclamaba su negativa a detener una guerra que no puede ganar y exigía «garantías de seguridad» que los estadounidenses no están dispuestos a concederle, Trump le recordó que no está en condiciones de dictar sus condiciones porque no tiene ninguna carta o baza de negociación que hacer valer. También le dijo que si no aceptaba lo que se le proponía, se vería obligado a firmar un acuerdo aún más desfavorable para su país, o de lo contrario se encaminaría hacia una capitulación total.

En primer lugar, cabe señalar que no hay nada anormal en que el destino de Ucrania se resuelva entre Rusia y Estados Unidos, ya que Rusia y la OTAN eran los verdaderos beligerantes. El conflicto en Ucrania fue, desde el principio, una guerra por poderes. Se entiende, por ello mismo, que no sólo Ucrania es quien ha perdido. Emmanuel Todd lo había anunciado con mucha razón: «El trabajo de Trump será gestionar la derrota estadounidense frente a los rusos». De eso se trata, en efecto. Lo que nos lleva a ver con otros ojos este horrible guerra fratricida que dura ya tres años. Una guerra que personalmente me resulta insoportable porque tengo amigos ucranianos y amigos rusos, y me entristece verlos masacrarse mutuamente.

Todos los expertos serios saben que la causa principal del conflicto fue la voluntad de los estadounidenses de desplegar tropas de la OTAN hasta las fronteras de Rusia. Putin reaccionó como lo haría cualquier presidente estadounidense que se viera amenazado por el despliegue de misiles rusos en su frontera con México o Canadá. El conflicto comenzó mucho antes de 2022. Y podría haberse evitado. Por ejemplo, se podrían haber resuelto los problemas internos de Ucrania estableciendo un sistema federal en el que su parte rusófona hubiera gozado de cierta autonomía. Pero ocurrió lo contrario. Montesquieu distinguía entre los que inician la guerra y los que la hacen inevitable. No son necesariamente los mismos. François Fillon declaró recientemente: «Siempre he dicho que este conflicto podría haberse evitado si los líderes occidentales hubieran intentado comprender sus causas en lugar de ponerse del lado del bien». Traduzcamos: si hubieran analizado la situación en términos políticos, no morales.

De hecho, nada obligaba a los europeos a apoyar a una de las partes, ya fuera Ucrania o Rusia, ni a reaccionar todos de la misma manera (como «Occidente colectivo»). Lo mínimo que podrían haber hecho es determinar su posición en función de sus intereses. Por razones puramente ideológicas, prefirieron ver en este conflicto una «guerra justa» en la que el enemigo debe ser criminalizado y considerado culpable. Al tomar posición desde el principio, se colocaron en una posición en la que ya no podían ofrecer su mediación, renunciando al mismo tiempo a erigirse en «potencia de equilibrio».

Trump es un gran realista. Después de tres años en los que cada semana se anunciaba en los platós de televisión que Rusia iba a derrumbarse, constata que Ucrania ha perdido esta guerra, a pesar del material militar y los cientos de miles de millones que ha recibido, y que los europeos nunca han sido capaces, durante estos mismos tres años, de fijar un objetivo para la guerra. Ahora bien, la guerra no es más que un medio al servicio de un fin. Clausewitz: «El fin es el objetivo político, la guerra es el medio; no se concibe un medio sin un fin». Los europeos ya ni siquiera saben lo que es una guerra, es



decir, un acto de violencia cuyo objetivo es la paz. En este asunto, nunca han tenido ningún objetivo político, diplomático o estratégico, prefiriendo empujar a Zelensky a precipitarse en la trampa que él mismo se había tendido.

Al contrario de lo que se dice aquí y allá, Trump no es un aislacionista, ni tampoco un «defensor de la paz». Al contrario, como muchos de sus predecesores, cree que la defensa de los intereses estadounidenses exige una intervención constante. La gran diferencia es que no oculta este intervencionismo tras ideales sublimes como la defensa de la democracia liberal y el Estado de derecho («democracy and freedom»), y que, en lugar de embarcarse en aventuras bélicas, quiere dar prioridad al comercio. Es un belicista, pero un belicista comercial. Vea la forma en que habla de Groenlandia, Canadá o el Canal de Panamá, adoptando de manera marcial una postura imperialista basada en el viejo mito estadounidense de la «frontera». Para él, todo es transacción, todo puede ser comprado o vendido, todo se negocia, todo se basa en demostraciones de fuerza comercial, sin escrúpulos. Él sabe muy bien que el «dulce comercio» no excluye ni las agresiones, ni el chantaje, ni las conquistas. Su «pacifismo» es de la misma naturaleza: se basa en la simple constatación de que la guerra militar cuesta mucho más de lo que reporta, y que Estados Unidos está en mejores condiciones de ganar guerras comerciales que de vencer en el campo de batalla. Para servir a sus intereses de potencia, pretende protegerse detrás de la amenaza de los aranceles, al tiempo que aboga por la desregulación y el libre comercio cuando le conviene.

Según los medios de comunicación, Trump habla ahora con la misma voz que Vladimir Putin. Se habla de un nuevo condominio ruso-estadounidense, o incluso de una triple alianza Washington-Moscú-Pekín. ¿Le parece verosímil?

Es una cortina de humo. Los dos hombres son demasiado diferentes: Putin es un jugador de ajedrez, Donald Trump se limita al golf y al Monopoly. Y, sobre todo, sus intereses geopolíticos son opuestos. Lo que es cierto, por otro lado, es que Trump quiere empezar de nuevo en sus relaciones con Moscú, porque aparentemente cree que una normalización con la Rusia de Putin será más beneficiosa para Estados Unidos que la Alianza Atlántica. Esto puede traducirse en el levantamiento de las sanciones contra Rusia, en proyectos energéticos comunes, especialmente en los territorios árticos, o incluso en la elaboración de un plan que evite la guerra con Irán. Quizá también espere aflojar, no la alianza (la palabra «alianza» no existe en chino), sino los lazos de «amistad sin límites» entre Putin y Xi Jinping proclamados en febrero de 2022. Pero no unirá a Rusia al «hegemonismo occidental». Y tampoco creo en un «triumvirato i-liberal» estadounidense-chino-ruso, porque tal combinación estaría minada por las contradicciones.

Trump es evidentemente un gran temperamental con tendencias paranoicas (no es raro en política). Se burla de las ideas, de la moral o del derecho internacional (aunque no más que Netanyahu). Le gustan los winners, los ganadores, prefiere el carisma al legalismo. Sólo admira la fuerza y cree que se puede ganar todo con amenazas contundentes. Con él, la correlación de fuerzas sustituye al derecho, lo que al menos tiene el mérito de aclarar las cosas.

Trump y Putin tienen en común que ven a Europa como algo viejo y cansado, incapaz de resolver políticamente los problemas internacionales, incapaz de imponerse: algo viejo, dividido, arruinado, abrumado, olvidado de su pasado y sus tradiciones, que se culpa a sí mismo mientras practica una censura moral permanente y, en general, incapaz de hacer frente a situaciones excepcionales. Desde esta perspectiva, el resto del mundo se divide en socios que nunca han sido iguales, sino vasallos, protegidos o dominados, nunca aliados. Esto no quiere decir que Estados Unidos esté en una posición

de fuerza frente a China, la multipolaridad o las amenazas de desdolarización. No olvidemos que si Trump quiere hacer de Estados Unidos «great again», es sobre todo porque ya no lo es.

¿Qué opina de la febril actividad desplegada por los europeos, con Emmanuel Macron a la cabeza, con vistas a rearmar a Europa?

Los europeos son incorregibles. No vieron venir la oleada populista, apostaron por la elección de Kamala Harris, se han apoyado durante décadas en el «paraguas estadounidense» en lugar de asumir sus responsabilidades. Ahora se dan cuenta de que, de acuerdo con sus hábitos, los estadounidenses están abandonando a los ucranianos como abandonaron a los vietnamitas del sur y a los afganos. (Conocemos el dicho: ser enemigo de los estadounidenses es peligroso, ser su amigo es fatal). Tampoco vieron el tropismo que ha llevado a Estados Unidos a distanciarse de Europa durante años. Ahora se dan cuenta de que los estadounidenses, que se reservan para una confrontación con China, están desentendiéndose de la seguridad europea, lo que los deja completamente desnudos. No entienden lo que les está pasando. Ante la magnitud del abismo que se ha abierto entre las dos orillas del Atlántico, no pueden creerlo. Paralizados como conejos atrapados en los focos, lloran por el desmantelamiento de la OTAN, una organización que Macron había afirmado en 2019 que estaba en estado de «muerte cerebral».

Pero no les sirve de lección. Podrían haber aprovechado este cambio para reflexionar sobre lo que les ha costado la guerra en Ucrania. Han malgastado 150.000 millones de euros, han perdido el acceso al gas y al petróleo rusos, también han perdido decenas de miles de millones de inversiones en Rusia, han aceptado sin decir palabra el sabotaje del gasoducto Nordstream, pero se imaginan que pueden dar a Ucrania garantías de seguridad y hacer que se pueda continuar la masacre. En otras palabras, su única reacción es poner una pieza más en la máquina.

Después de habernos repetido durante más de medio siglo que «Europa es paz», quieren continuar la guerra, a riesgo de ser considerados beligerantes de pleno derecho. Como nunca aprenden de sus errores, están dispuestos a volver a meter la mano en un nuevo engranaje, sin que sepamos hasta dónde nos llevará. Hasta los propios ecologistas predicán el militarismo. Una huida hacia adelante en una competencia belicista totalmente delirante que muestra que los europeos aún no han entendido nada del nuevo Orden Mundial, del nuevo Nomos de la Tierra, que se está estableciendo ante sus ojos. Se habían subido a un barco ebrio, ahora quieren embarcarse en un cometa muerto.

Los mismos que, durante treinta años, han destruido todas las capacidades de producción industrial y militar de las naciones europeas, se proponen ahora, bajo la dirección de la agente de influencia Ursula von der Leyen (la Hiena), establecer una «economía de guerra» europea con vistas a un «rearme». Macron, al frente de un país cada vez más aislado en la escena internacional, políticamente paralizado y endeudado hasta tal punto que el pago de los intereses de la deuda (más de 50.000 millones de euros al año) representa hoy la segunda partida de gastos del Estado, sueña visiblemente con ponerse al frente de este partido de la guerra («estamos en guerra, cueste lo que cueste», melodía conocida). El ejército francés, cuyos arsenales están casi vacíos y cuyo presupuesto se ha reducido hasta la médula, es incapaz de participar más de ocho días en una guerra de alta intensidad, pero no por ello deja de asegurar que veremos lo que veremos. ¡Qué bonita es la guerra cuando nunca se ha hecho! El mismo Macron, que en junio de 2022 recomendó a sus socios que «no humillaran a Rusia», ahora pide hacer exactamente lo contrario. Es incapaz de decirle cuatro cosas al presidente argelino o de enfrentarse al de las Comoras, pero se pavonea asegurando que hará frente a la «amenaza rusa» que, según él, pesa sobre Francia y Europa occidental. Una amenaza que no es más que una fantasía grotesca cuyo único objetivo es crear miedo. Una amenaza esgrimida como espantapájaros. Es el momento de recordar un excelente proverbio georgiano: el cordero pasa su vida con miedo al lobo, pero ¡al final es el pastor quien se lo come!



Para los europeos, el conflicto bélico no enfrenta a enemigos, en el sentido tradicional del término, sino a un «agresor» y un «agredido». En un conflicto, siempre hay que desaprobar al «agresor», porque es el culpable, aunque este «agresor» puede haber actuado en legítima defensa. Este cambio de vocabulario confirma el gran regreso de la «guerra justa». Reducir la guerra a un dúo de «agresor» y «víctima» (como en los ataques con arma blanca o las agresiones sexuales) nos lleva a nadar en un mar de moralina. Esto nos lleva a los buenos tiempos de la Sociedad de Naciones, cuya historia es conocida, y más aún del Pacto Briand-Kellogg de 1928, en una época en la que el irenismo consistía en pensar que se podía ilegalizar la guerra. Hoy en día, es el belicismo el que marca la pauta. Pero es igual de impolítico.

Ciertamente, no es malo para los diferentes Estados europeos dotarse de una poderosa industria de defensa, pero con la condición de que sea independiente, es decir, con la condición de olvidarse de Estados Unidos. Esto no es lo que, en cualquier caso, salvará a Zelensky: si Ucrania ya no puede beneficiarse de la ayuda estadounidense, los escasos recursos de la Unión Europea no van a hacer que gane. Añadamos que hay demasiadas divergencias entre los Estados miembros como para que puedan definir intereses u objetivos comunes entre ellos y, por tanto, políticas operativas comunes. No puede haber un ejército europeo mientras Europa no esté unida políticamente, lo que equivale a decir que hoy es una quimera. En cuanto a un «paraguas europeo» que surgiría de la decisión de Francia de extender a sus vecinos el perímetro de su disuasión nuclear, sería aún menos creíble que nunca lo ha sido el «paraguas estadounidense». Como ha subrayado Jacques Sapir, ¿quién puede pensar que Francia aceptaría «arriesgarse a ver París destruido para salvar Bucarest, Praga o Varsovia»? Resumiendo, en lo inmediato multiplicaremos las palabrerías sobre medios militares y financieros que no tenemos y seguiremos hablando por hablar.

J. D. Vance, figura emergente del trumpismo, parece encarnar una nueva derecha estadounidense antiliberal y conservadora, pero al mismo tiempo totalmente desinhibida frente al izquierdismo. ¿Ve en él una reorientación duradera del conservadurismo estadounidense?

El trumpismo es una mezcla improbable de populismo plebeyo, tecnocésarismo, anarcocapitalismo, soberanismo antiautonómico e ideología libertaria. Donald Trump forma con Elon Musk un dúo cesariano que evoca irresistiblemente el fin de la República romana. J. D. Vance tiene aspectos muy simpáticos, pero es difícil saber qué representa exactamente en esta constelación, donde también encontramos mitos estadounidenses: el «destino manifiesto» y la nueva Tierra Prometida, el análisis de la sociedad a partir del individuo, la autosuficiencia del mercado, el primado de la economía y el comercio, la devoción por la tecnología y el optimismo mesiánico. No olvidemos, sobre todo, que no es la grandeza de Europa lo que Donald quiere restaurar, sino la de América, que él sabe que está amenazada.

¿Cómo percibe la profunda (irreparable) división entre la América conservadora antiwoke y la América progresista o izquierdista? ¿No es el mismo camino que están tomando las naciones y los pueblos europeos?

No es imposible que Estados Unidos esté al borde de un conflicto civil o de una nueva Guerra de Secesión. Pero no creo que este escenario sea válido para los europeos. Lo que más amenaza a Europa no es el conflicto civil. Es aún peor: es el caos.

La Unión Europea (o más bien sus líderes) parece encerrarse en luchas ideológicas mientras que el resto del mundo vuelve a ser pragmático y brutal. ¿Debemos ver esto como un signo de decadencia o como un intento desesperado de mantener una dominación moral sobre los pueblos?

Ni lo uno ni lo otro, ¡sobre todo porque la dominación moral no es incompatible con la decadencia! La Unión Europea tampoco se encierra en «luchas ideológicas», sino en una ideología muy particular cuyos tres pilares esenciales son la sociedad de los individuos, el capitalismo liberal y los derechos humanos. La democracia liberal, el Estado de derecho y el reinado de los valores mercantiles son sus consecuencias.

**¿Cuál es el papel de Europa en el nuevo orden mundial que se perfila ante nuestros ojos?
¿Qué estrategias debería adoptar para mantener su influencia?**

Es inútil hablar de estrategias cuando los hombres no están ahí para concebirlas o aplicarlas. Los europeos son hoy los hombres enfermos del planeta. No tienen la menor idea de lo que podría ser el destino de Europa, porque la palabra «destino» no tiene sentido para ellos. Dirigida por ectoplasmas o sonámbulos, que nunca han tenido la oportunidad de luchar pero que hoy están dispuestos a involucrar a sus pueblos en una guerra nuclear, Europa se encuentra en un estado de agotamiento civilizatorio, de acuerdo con las predicciones de Spengler. Me vienen a la mente estas terribles palabras de Cioran: «En vano busca Occidente una forma de agonía digna de su pasado».

Usted ha advertido a menudo contra la uniformización del mundo. ¿Ve en este vuelco global una oportunidad para que los pueblos de Europa recuperen su soberanía cultural y civilizatoria?

El enfrentamiento final ya ha comenzado: o bien un planeta gobernado por una sola potencia hegemónica (o una sola ideología universalista), o bien un mundo articulado entre varios polos de poder y civilización, «grandes espacios» correspondientes a las grandes regiones del mundo, dirigidos cada uno de ellos por el país que esté en mejores condiciones de ejercer su influencia en el área civilizatoria a la que pertenece. Pero nada será posible mientras nos obstinemos en creer que la tierra está poblada principalmente por individuos, cuando en realidad está dividida entre pueblos, lenguas, naciones y áreas de civilización diferentes, con sus propias ambiciones y principios. El nuevo Nomos de la Tierra exige que estas grandes áreas de civilización tengan en cuenta prioritariamente su identidad, es decir, su historia, y se abstengan de intervenir en otras áreas para aplicar valores pseudouniversales que en realidad les son propios. ¡Los «Estados civilización» o el caos!

¿La tremenda aceleración de la historia a la que asistimos hoy en día es para usted una fuente de preocupación... o de optimismo?

Ni soy optimista ni estoy inquieto. Trato tan sólo de comprender lo que va a pasar.



El RINCÓN de la DOCTRINA:

[Trump está construyendo un orden mundial de grandes potencias](#)

Aleksandr Dugin

Геополитика.ru

<https://www.geopolitika.ru/es/article/trump-esta-construyendo-un-orden-mundial-de-grandes-potencias>



La nueva geografía del orden mundial que Trump y sus partidarios están decididos a construir es cada vez más clara al día de hoy. Esta vez, Trump 2.0 está decidido a romper tanto con el globalismo liberal de izquierda como con los neoconservadores (que también son globalistas) y dejar de lado cualquier compromiso con sus proyectos. Trump está cortando cualquier relación con ellos y trazando un nuevo rumbo para el portaaviones estadounidense.

El modelo de relaciones internacionales que sigue Trump puede definirse como el «Orden de las Grandes Potencias». Es una consecuencia lógica de la ideología MAGA: «Make America Great Again». Este eslogan da a entender que no se trata ni de Occidente ni de la extensión de la democracia liberal por el planeta, ni del atlantismo, sino específicamente de Estados Unidos como Estado-nación. Este Estado, según Trump, debe liberarse completamente del globalismo, además de las limitaciones, obligaciones e imperativos asociados con este proyecto. A ojos de Trump prácticamente todas las instituciones internacionales existentes reflejan el viejo orden, mientras que él quiere crear uno nuevo. Esto se aplica a la ONU, la OTAN, la OMC, la OMS y en general a todas las instituciones de carácter supranacional. Trump considera que todas ellas son creación de los liberales y los globalistas, mientras que él mismo es un firme partidario del realismo.

Realistas y liberales son las dos principales escuelas de las relaciones internacionales, opuestas en todo y especialmente en la definición de qué es la soberanía. Los realistas consideran la soberanía como algo absoluto, mientras que los liberales, por el contrario, la consideran relativa y pretenden subordinar los gobiernos nacionales a una autoridad internacional superior. Según los liberales esto debería conducir a largo plazo a la unificación de la humanidad y a la creación de un Gobierno Mundial. Los realistas rechazan categóricamente tal idea, por considerarlo un ataque a la libertad e independencia del Estado. Por eso los trumpistas llaman a los globalistas el «Estado profundo», es decir, la entidad que pretende subordinar la política estadounidense a un objetivo supranacional.

El prototipo de la política globalista son los «14 Puntos» de Woodrow Wilson, que tras la Primera Guerra Mundial articularon el papel de EEUU como fuerza mundial responsable de promover la democracia liberal a escala humana. Siguiendo el espíritu de la escuela realista Trump se siente claramente atraído por la Doctrina Monroe: «América para los americanos», que implica evitar la participación activa en la política europea y negarse a interferir en los asuntos internos de Estados fuera del continente americano (sólo se acepta la interferencia en el espacio de las dos Américas si los acontecimientos afectan directamente a los intereses nacionales de Estados Unidos).

Sin embargo, hay que señalar que el trumpismo tiene algunas diferencias con el realismo clásico. Para Trump, lo importante no es sólo el estatus legal de la soberanía, sino algo más

importante: la capacidad de un Estado para conquistar, afirmar, fortalecer y defender su independencia frente a un rival poderoso. Así pues, no se trata de cualquier soberanía, sino de una soberanía real respaldada por una enorme cantidad de poder económico, militar, demográfico, territorial, recursos naturales, intelectuales, tecnológicos, culturales, etc.

Uno de los principales especialistas estadounidenses en relaciones internacionales, Stephen Krasner, partidario de la escuela realista, calificó la soberanía nominal como una «ficción» jurídica e incluso «hipócrita». John Mearsheimer, también realista, opina lo mismo. Donald Trump comparte esa opinión: sólo una gran potencia puede tener verdadera soberanía. En consecuencia, hay una actualización del realismo al nivel no de los Estados, sino de los Estados-civilización con poder y capaces de la autosuficiencia. Este orden mundial está basado en las relaciones de unos pocos Estados-civilización que Trump reconoce como actores de su revolución geopolítica. Se trata, por un lado, de un rechazo total del globalismo y, por otro, de una integración regional de los «grandes espacios», necesario para la independencia y la autarquía de una gran potencia. De ahí la anexión de Canadá y Groenlandia, así como priorizar las relaciones con América Latina según los intereses de EEUU.

Es interesante observar una cierta ambigüedad del eslogan MAGA. No está del todo claro de qué tipo de América estamos hablando. ¿Se trata sólo de Estados Unidos? ¿O de toda Norteamérica (incluidos Canadá y Groenlandia)? ¿O incluso toda América sumando a Sudamérica? Esta ambigüedad no es casual. Abre el horizonte del «gran espacio» sin fijar a priori unos límites claros. Además, el llamamiento de Trump a hacer grande América también puede interpretarse como un llamamiento a su expansión territorial. Más o menos del mismo modo que nosotros utilizamos el término «mundo ruso», que esencialmente va más allá de las fronteras de la Federación Rusa con límites indefinidos. El mundo ruso es un sinónimo del Estado-civilización ruso, es decir, la Gran Rusia.

Trump, en cambio, piensa en términos de su Estado-civilización: la Gran América. Al mismo tiempo, Trump no tiene prisa y no va a renunciar a la hegemonía, al menos no a la hegemonía regional. Pero está cambiando el contenido de esta hegemonía. Ya no se trata de un orden mundial liberal basado en reglas siempre cambiantes y en la usurpación del poder por parte de élites cosmopolitas internacionales (en el espíritu del proyecto de «sociedad abierta» planetaria de George Soros), como imaginaba el Estado profundo derrotado por Trump, sino que se trata del liderazgo de EEUU como gran potencia junto a otras grandes potencias con soberanía real y no ficticia, es decir, capaces de competir hasta cierto punto con EEUU en una u otra dirección.

¿Cuántas de esas grandes potencias contempla el nuevo orden de Trump? El profesor Mearsheimer sólo reconoce tres: Estados Unidos, China y, con cierto retraso respecto a las dos primeras, Rusia. Se muestra escéptico respecto a la India y cree que aún no ha acumulado el potencial necesario para competir seriamente con las otras. Sin embargo, según ellos India también puede clasificarse como Estado-civilización. Casi todos los realistas coinciden en que EE. UU., China y Rusia son países poderosos – aunque de diferentes maneras – que poseen el mínimo necesario para reclamar el legítimo estatus de grandes potencias.

Así, en lugar del mundo bipolar de la Guerra Fría, del «mundo unipolar» de los neoconservadores o del «mundo no polar» de los liberal-globalistas, el trumpismo prevé un mundo tripolar o cuadripolar, cuyo equilibrio de poder determinará la arquitectura del futuro orden mundial. De acuerdo con esto, será necesario cambiar todas las instituciones internacionales, que deben reflejar el estado real de las cosas y no fantasmas de épocas anteriores que ya no tienen asidero en una realidad concreta.



Tal proyecto puede parecer bastante similar a la multipolaridad. De hecho, el Secretario de Estado estadounidense Marco Rubio reconoció recientemente que vivimos en un mundo multipolar. China, Rusia e India, que ya poseen todas las cualidades para convertirse en polos, sin duda estarán de acuerdo con esto. Pero también debemos prestar atención a que Trump es muy crítico con los BRICS, asociación en la que están representadas prácticamente todas las grandes civilizaciones y donde la multipolaridad encuentra su expresión institucional y simbólica directa. Para Trump, el más serio competidor e incluso oponente es China, por lo tanto, es probable que vea a los BRICS como una estructura en la que China juega un papel clave como la más poderosa de las potencias financiera, económica, tecnológica, etc. de todas. Sin embargo, eso no es todo. La multipolaridad, tal y como la entienden Rusia, China, India y otros países, incluye no sólo grandes potencias establecidas, Estados-civilizaciones existentes, sino también Estados con identidades civilizacionales y culturales similares que aún no se han unido para convertirse en Estados-civilización de pleno derecho como lo son el mundo islámico, África y América Latina, tres polos potenciales fuera de los tres polos actualmente existentes. Los BRICS son una hexarquía a la que podemos sumar la civilización occidental, dándonos una heptarquía.

Trump, siguiendo el espíritu del realismo frío y el pragmatismo estadounidense, es muy escéptico con respecto a los polos potenciales o virtuales que aún no son realidad. Para él es necesario primero convertirse en una gran potencia y luego ver que pasará. Mientras tanto, cualquier asociación fuera de la influencia de los Estados Unidos, y más aún oposición a él, será vista como una amenaza y una estratagema de las grandes potencias existentes dirigidas contra América con tal de aumentar su influencia a costa de todos los demás. Trump ve una confirmación directa de esto en el proyecto chino del «Cinturón y la franja» y en los proyectos planetarios de Xi Jinping (el principio del destino común de la humanidad), que pueden tomarse como una versión diferente del globalismo, sólo que no centrada en Estados Unidos, sino en China. De ahí el deseo de atraer a su lado a las otras grandes potencias (Rusia e India), o al menos de neutralizarlas, y dejar a las demás regiones como fronteras, atraídas hacia el polo que les resulte más atractivo, cercano o simplemente más fuerte.

Queda por considerar el lugar y el papel de la Unión Europea en este mapa. Bruselas se ha encontrado en una posición bastante difícil tras el cambio de administración en Estados Unidos. Después de la Segunda Guerra Mundial Europa era una especie de provincia o incluso una colonia político-militar de Estados Unidos, que asumió el papel de líder del mundo occidental. Y mientras el Estado profundo globalista mantenía su posición al otro lado del océano, Europa seguía obedientemente el curso ideológico de su metrópoli. Así es como se formaron las élites liberales gobernantes en la UE y la misma UE es un experimento de desgobierno de los Estados-nación y de creación de entidades supranacionales con una marcada ideología liberal. No obstante, la ideología de la metrópoli ha cambiado, mientras que en la colonia la administración sigue siendo la misma. Esto da lugar a muchas contradicciones y, de hecho, conduce a la eliminación de la UE en general o a su transformación radical.

Algunos países europeos y sus líderes, que antes se inclinaban por preservar la soberanía como Hungría, Eslovaquia, Serbia (no miembro de la UE), Croacia e incluso en parte Italia y Polonia están dispuestos a seguir a Trump y aceptar su eslogan (voceado por Elon Musk) MEGA: «Make Europe Great Again» («Hagamos a Europa grande de nuevo»). Pero una parte sigue desconcertada y trata de continuar la vieja línea ideológica, aunque sin EE. UU., como el motor

de la globalización, probablemente sea imposible hacerlo. Sólo es posible volver a hacer grande a Europa o bien disolviendo la Unión Europea y volviendo a las viejas potencias europeas o bien uniéndose sobre nuevos fundamentos: soberanía real, valores tradicionales y defensa de sus propios intereses. En el segundo caso, Europa, habiendo descartado el liberalismo y el globalismo, podría renacer teóricamente como gran potencia y unirse a las filas de las demás, añadiendo un Estado-civilización más al conjunto multipolar.

El orden de las grandes potencias sigue siendo un plan, un proyecto, pero ya está empezando a materializarse. La situación se asemeja a como el hielo se derrite en primavera. El hielo del viejo mundo se ha resquebrajado, los bloques de hielo se arrastran unos sobre otros, chocando, y todo está a punto de romperse bajo la inevitable presión de la primavera. Vivimos justo en este momento de transición: el deshielo en sentido pleno aún no ha comenzado, pero, de hecho, es inevitable.

Traducción de Juan Gabriel Caro Rivera



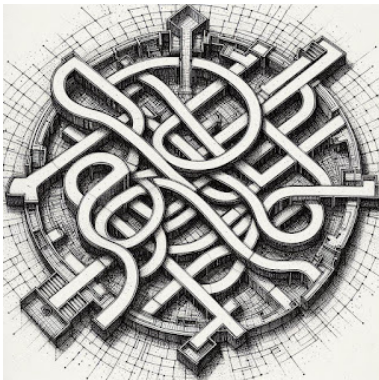
EL RINCÓN de la ECONOMÍA:

Inversiones y la gente

Iris Speroni

Restaurar

<https://restaurarg.blogspot.com/2025/03/carrio-y-el-fmi.html>



No hay misterios. Está todo inventado.

El caos general que todos conocemos:

- Inundaciones por ausencia de obras durante la temporada de seca.
- Rutas en estado deplorable, ya sean nacionales, provinciales o de responsabilidad municipal (camino rurales y calles urbanas).
- La red ferroviaria en estado de abandono. En algunos casos aún luego de décadas bajo administración por concesionarios privados.
- Psiquiátricos sueltos en el subte.
- Enormes barreras para acceder a la vivienda propia por parte de familias argentinas, ausencia absoluta de incentivos fiscales, incluso los previstos por ley la tal fin. Mientras los gobiernos se regodean y exhiben la dación de viviendas a extranjeros.
- No hace falta que hablemos del estado de la educación, o del tendido eléctrico o de la salud o de cualquier otro servicio. Su estado es público y notorio.

Rendimientos paupérrimos o negativos en cualquier tipo de negocio, comercial, industrial o agrícola-ganadero.



En otras ocasiones hemos desarrollado que toda esa destrucción del capital físico, humano y simbólico ha sido a propósito. Fríamente organizado y ejecutado. Financiado mayormente, con menor o mayor sutileza, desde el exterior.

No es casual que las fechas patrias no se festejen en los canales de televisión y ya hace años que las fiestas religiosas son soslayadas.

No es casual que a nuestros niños no les enseñen nuestros próceres, no haya mapas o retratos de San Martín y Belgrano en las aulas. Pero sí, la modernísima new age administración del PRO de la capital federal pone fotos de Mandela.

Sabemos cómo llegamos hasta acá y por qué.

Ahora quiero mirar el problema desde otra posición.

Ruta Nacional 14.

Nosotros, el Pueblo de la Nación Argentina

Todo lo que tenemos, todo lo que vemos, todo lo que hay, lo hicimos nosotros. Durante la Colonia, o en el SXIX, o en el SXX o en éste.

Todo lo hicimos nosotros, con nuestras manos, nuestros conocimientos, nuestras máquinas. Caso contrario, lo financiamos y contratamos, de una forma u otra, a otros para que lo hicieran.

Las facultades, las represas, las viviendas, comercios, talleres, establecimientos rurales, fábricas, escuelas, hospitales, juzgados: todo lo hicimos nosotros. Privado o público.

O lo pagamos nosotros.

Todo lo que hay, se levantó con nuestro esfuerzo.

Nadie nos regaló una represa hidroeléctrica.

Hemos pagado por todo y a veces varias veces su valor.

Los políticos hablan de los créditos de organismos internacionales como el Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, etc., como si no hubiera que devolverlos. Cuando la realidad es que son relativamente caros, están condicionados en la aplicación de los mismos, incluyen onerosas auditorías (dibujos de los propios organismos), con sobreprecios de rigor, toda vez que los proveedores se circunscriben a los autorizados por los organismos. Es más, se pagan líneas de crédito, se usen o no. En resumen, caro y mal.

Otro ejemplo lo constituyen los FFCC. No faltará quien diga: “los hicieron los ingleses”. Sí, claro. Fue uno de los grandes aportes que alguien haya hecho a la Argentina. Se trataban de concesiones (a largo plazo), donde la inversión fue pagada con las tarifas y con tierras. Tanto la inversión inicial, como su mantenimiento, fueron solventados con trabajo argentino.

Aún hoy, sin plan nacional a la vista, con la tristeza en las miradas de las personas y el yugo de una realidad dura, millones de argentinos se levantan temprano y van a trabajar o a estudiar.

La salida

El gran desafío es pensar cómo escapar de este laberinto en el cual con malas artes nos han metido.

Nos desangran con impuestos y regulaciones. Nos meten por la ventana leyes disolventes del tejido social.

Nos quitan la capacidad de invertir con la deuda soberana. El pago de intereses, comisiones e intermediarios se llevan el dinero que necesitamos para reinvertir; para, al menos, reponer el capital que se consume naturalmente por el uso.

Los impuestos que nos quitan el pan de la boca se utilizan para comprar innumerables complicidades, pero su principal destino es servir a la deuda.

Los gobernantes se ufanan de dejar en un segundo plano todo gasto excepto pagar la deuda. Recordemos a la presidente Cristina Fernández, cuando afirmó con orgullo que había pagado los bonos compensatorios de los bancos (por la pesificación asimétrica). Igual actitud han tenido todos antes y después. Primero sirven la deuda, luego reparten lo que reste.

Con este panorama, el único recurso a nuestra disposición es defendernos y luego recién pasar a la acción.

- Expulsar a todas las “fundaciones”, asociaciones civiles, “ONG’s” y demás coberturas para la injerencia extranjera, del país. Ya hace al menos dos décadas que redactan los proyectos de leyes nacionales y provinciales, financian viajes a legisladores, pagan campañas políticas, etc. Son nuestros enemigos y debemos expulsarlos.
- Terminar con la deuda. Repudiarla, en los - pocos - casos en que exista base legal para hacerlo. Recomprar la restante. Desconocer parte de la deuda con organismos multilaterales: ya sea porque el dinero nunca llegó, porque se hicieron cargos extraordinarios que no corresponden, o por abusos varios.
- Acabar con el carry-trade o bicicleta, el cual le da de comer no solamente a fondos de inversión extranjeros sino a una populosa fauna local.

Luego darse vuelta y pensar qué haremos con todo ese dinero. Lo primero: Bajar los impuestos. Dejar que las familias y negocios recompongan su capital. Cada uno va a saber en qué invertir.

Necesitamos triplicar la producción y quintuplicar las exportaciones. Sólo se logra al aumentar las inversiones...para lo cual necesitamos excedentes.

La verdadera inversión viene de colocar los réditos (reinversión). Confiar en el sistema bancario es demencial.

Luego, usar el dinero del estado, que bajo ningún punto de vista puede exceder el 25% del PBI, ya sea para obras de infraestructura (control hídrico, represas, generadoras, puertos, FFCC, astilleros, rutas), para recomprar deuda y en menor medida para la administración del estado.

Si llevamos el costo del estado a un 25% del PBI; la contracara será que los privados (familias y empresas) tendrán en su poder el 75% del PBI. Ese diferencial adicional (en poder de las familias y no de los bancos) es el que se puede aplicar a la inversión.

No es menor. Para crecer necesitamos invertir.



Por eso sostengo que Argentina no necesita inversores externos. Nosotros contamos con el capital. Sólo necesitamos poder hacer libre uso del mismo.

Ahora bien, lo que los argentinos tenemos de capacidad, voluntad e ingenio; el cual es anulado por nuestros gobernantes.

Nuestros gobernantes o bien carecen de capacidad para ejercer su función, son inmorales o siguen una agenda externa (o las tres cosas).

Este desvío de los intereses nacionales por parte de la élite no es monopolio nuestro.

Hemos visto en estos últimos años el mismo divorcio entre el pueblo y los jerarcas gobernantes en todos los países de Europa, EEUU/CAN y NZ/AUS, amén de numerosos países hispanoamericanos. EEUU nos está dando muestras de una guerra civil en cámara lenta, con intereses enfrentados y una absoluta falta de límites morales al momento de atacar al contrario. No puede terminar bien. En Europa se desobedecen plebiscitos y se anulan elecciones. No va a terminar bien.

Que sea un mal generalizado no exime a este hato de vendepatrias.

Por otra parte, los países que sí cuentan con una élite que defienda los intereses nacionales - bajo cualquier tipo de régimen - no paran de crecer y mejorar el nivel de vida de su población. En pleno Siglo XXI.

No hay misterios. Está todo inventado.

Salgamos del laberinto. Invirtamos, exportemos, echemos a los traidores.



EL RINCÓN de la ESTRATEGIA:

Las élites de Tirana

William Schryver



⇐ Casa Poporului (Casa del Pueblo, sede del Parlamento rumano)
Bucarest, Rumanía

En mi opinión, es probable que las élites de Tirana en la vasalla Rumanía vean cómo su control del poder se vuelve cada vez más escurridizo a lo largo de 2025 y en adelante.

Para los amos del imperio de EE. UU. y la OTAN, Rumanía sigue siendo un imperativo geoestratégico. Y los soberanos imperiales están claramente dispuestos a desafiar la voz del pueblo para asegurar a Rumanía como base de operaciones contra Rusia.

Y aquí radica el problema de cara al futuro (una situación que, estoy convencido, siempre fue inevitable):

Rumanía como base de operaciones imperial contra Rusia es (como los rusos han dejado perfectamente claro desde hace tiempo) una situación intolerable. En consecuencia, garantiza efectivamente que Rusia reasimile Odesa al Danubio, se anexe Transnistria y (como mínimo) imponga la neutralidad a Moldavia.

Luego exigirán que Estados Unidos retire sus sistemas de misiles con capacidad ofensiva de Rumania y Polonia (así como de cualquiera que pueda estar presente en el Báltico, Finlandia y Suecia).

No sugiero que todos estos desarrollos ocurrirán a la vez ni en rápida sucesión, pero creo firmemente que ocurrirán en el transcurso de los próximos años, antes de que finalice esta década.

Y, en muchos puntos del camino, surgirán momentos de gran tensión mientras el imperio lucha contra la tentación de cometer alguna estupidez extraordinaria en un intento inútil por frenar el impulso de Rusia —probablemente ataques aéreos contra objetivos rusos de alto valor—, ya saben, para "enviar un mensaje".

Esto, por supuesto, sería una locura. Pero de ninguna manera está fuera del alcance de las posibilidades del actual régimen en Washington.

A Trump y a su séquito de devotos del evangelio del excepcionalismo estadounidense y del indomable poderío militar estadounidense les resultará prácticamente imposible tragarse la poderosa medicina de una derrota estratégica decisiva a manos de los rusos.

Quizás la realidad y la cordura prevalezcan cuando llegue el momento de ordenar ataques militares... pero no me lo jugaría todo.

Traducción: Google Translate



EL VIDEO:

[El Dilema de los EEUU.: ¿República o Imperio?](#)



**EL DILEMA DE LOS
EE.UU.: ¿REPÚBLICA
O IMPERIO?**

<https://www.youtube.com/live/LUwj1DmDKIE?si=Z34FXnyQVNbiRJ11>



EL CHISTE:





SEGUIRNOS:

	https://x.com/carlospissolito
	@carlospissolito1
	https://www.facebook.com/carlos.pissolito
	https://www.tiktok.com/@carlospissolito1



Se autoriza la difusión libre
del presente resumen sólo
en el presente formato.

carlospissolito@gmail.com

